

**Leire Vázquez Astorkiza**  
**Paúles (Bizkaia)**  
**PAÍS VASCO**



Llovía. Una cruel y monótona lluvia golpeaba la fría y oscura acera.

Había veces que ni recordaba aquel día, el que había cambiado completamente mi vida. Pero nunca lo olvidé del todo.

Me di cuenta de que había algo especial en mi a la corta edad de cuatro años. Estaba paseando, antes de irme a comer a casa, cuando un maloliente y gigantesco perro comenzó a perseguirme.

Estaba asustada, corría tan rápido como mis cortas piernas me permitían. Sin darme cuenta, entré en un callejón sin salida. Apreté fuerte los puños.

Cerré los ojos, respirando entrecortadamente. En mi cabeza no dejaba de repetirse la misma e insistente melodía, una y otra vez. Al abrirlos, me di cuenta de que aquel perro se había quedado completamente inmóvil.

Estos extraños sucesos siguieron ocurriendo en innumerables ocasiones. Con seis años, en un partido de fútbol, golpearon la pelota con tanta fuerza que había sido capaz de partirme la nariz. Cerré de nuevo los ojos, mientras la melodía sonaba insistentemente en mi interior. La pelota se había quedado completamente quieta y aproveché para apartar su trayectoria.

Pero por mucho que me esforzara por mantener parado el tiempo, no conseguía dejarlo así más de cuarenta segundos. Un día, en navidades, mi familia y yo celebrábamos plácida y tranquilamente esta especial y alegre festividad. La puerta de la casa se abrió con un golpe seco. Un hombre apuntaba a mi abuela con un revolver.

- ¡Dadme todo lo que tengáis u os juro que mato a la vieja aquí y ahora!  
Mi abuela nos miró aterrada. A la vez que no reaccionábamos el desgraciado apretó el gatillo y la bala salió despedida hacia mi abuela.

Grité de terror y, escuchando la misma melodía, paré de nuevo el tiempo. No sabía qué hacer e intenté apartar a mi abuela, pero cada vez que la movía, ella volvía al punto inicial como si de un imán se tratara. Lo intenté en repetidas veces, pero nada

funcionó. También intenté desviar la trayectoria de la bala, pero ocurría lo mismo que con mi abuela, una y otra vez. Se veía que el destino ya tenía escritos sus propios planes. Pero no podía permitir que mi abuela muriera de esa forma.

Varias lágrimas recorrieron mis acaloradas mejillas. No tenía tiempo. Miré a mi familia y abracé con fuerza a mi abuela. Todavía recuerdo el doloroso impacto de la bala en mi costado. Recuerdo a mi familia y a mi abuela llorando desconsoladamente. Y recuerdo haber escuchado aquella melodía hasta el final, hasta que todo se volvió negro.

Entro en casa y veo a mi abuela abrazada a una foto mía. Sonrío con tristeza y acerco mi mano a su rostro, intentando decir que todo va bien y que estoy bien.

Pero, como siempre pasa cuando lo intento, mi etérea mano atraviesa su mejilla, mientras ella llora en silencio tarareando la melodía que tantas veces se ha repetido en mi interior.